

Álvaro García Hernández
Enero y tú desnuda

Alianza editorial

El primer día

El primer día fuiste un timbre. Olía a escalera y tú estabas abajo, en la acera, pero dejaste de llamar como quien aguanta la respiración. Otra chica te había encontrado; decidí lavarme la cara para verte mejor.

La escalera dejó de oler a escalera cuando os oí subir los peldaños. La primera vez que escuché tu voz me dieron ganas de aprender a cocinar. Cuando vi que subíais hasta mi piso, me emocioné tanto que fui a peinarme. Y a hacerme una raya.

—El loco vive ahí —te explicó la otra chica mientras empujaba con el hombro la puerta atascada.

¡Caí en la cuenta! ¡Era una de ellos! ¡Habían vuelto!

Inmediatamente, imaginé que detrás de vosotras volvían todos los demás con sus perros pulgosos. Pero no. Abriste el balcón y te asomaste para ver los tejados que yo veo cuando me lavo los dientes.

—El piso es genial y todo el edificio está embargado. Los okupamos por eso. Pero el loco te hará también la vida imposible, imagino.

—¿Él también está okupando?

—Sí, creemos que sí.

—¿Y qué os hizo?

Subido al váter, asomado al ventanuco, me di cuenta de que me habíais pillado espiándoos.

—Está ahí. No mires, nos está espiando. Vámonos.

Noté miedo en la otra chica. En ti, noté curiosidad. Luego todo se me olvida. Te recuerdo por la mirilla; tenías los ojos negros y la piel color miel. Me pareciste una palabra que no existe justo antes de *preciosa*. Pensé que no te volvería a ver.

Por la noche, a esa hora en que tienen sueño hasta los actores porno que estás viendo, oí la puerta de abajo. Descubrí que eras tú porque me entraron ganas de hacer una tarta, pero te acompañaba un tío flaco con rastas. Me aparté de la mirilla e intenté acordarme de por qué se fueron los últimos.

Pero me entró sueño... pese a los ruidos. Mañana tengo médico. Acabé dormido en el sofá con la camisa puesta.

Al día siguiente, temprano, cogí un autobús de la EMT. No me gusta que lo que hacen otras personas afecte a mi vida. Iba pensando en eso con el sabor del diazepam en la lengua.

Tenía tiempo. Me senté en un banco frente a la escuela; me sé de memoria esos barrotos y esos dibujos animados. Es la hora del patio. Instintivamente, busco a una niña que cojea un poquito; tiene casi siete años. La directora de la escuela sale a la puerta; quizás iba a almorzar, pero me ha fichado. Me mira, saca el móvil y lo entiendo; me levanto y me voy al médico.

Al salir de la consulta me rasco la tirita del análisis de sangre en el antebrazo. Solo quiero que el tiempo pase, los meses que faltan. Que todo acabe.

No hay nadie en el portal de mi edificio, ni policía, ni extraterrestres ni bomberos. ¿Cómo serán los bomberos de los extraterrestres? Pero sí que han vuelto a okupar el piso de enfrente. Ya dentro de casa, enchufo el teléfono fijo a la pared y llamo a la policía. Hay días en que lo odias todo, como besar con dolor de tripa; pero sucede algo, en el balcón que miro: sentada en el suelo, estás llorando como cuando llueve dentro de un tren. Te miro y me ves; de repente, te sacude una patada que te tumba, desnuda. La policía, por teléfono, insiste. Te miro y cuelgo.

El niño

Mi infancia es lo mejor que me ha pasado en la vida. Recuerdo el pueblo, con mi hermano. Recuerdo la casa de mi padre llena de perros, hasta una loba rabiosa que gruñía en la bañera... Salimos en las noticias cuando vino la guardia civil.

Al curso siguiente, en octavo, me mandaron interno a un colegio, pero una compañera de clase se quedó embarazada. Recuerdo su ombligo y sus bragas blancas con un lazo.

Me tomo otro diazepam con el café y me hago una raya de *speed*. Está a punto de amanecer.

Creo que he oído la puerta. Te veo por la mirilla arrastrar un saco de dormir; pesa, lleva algo dentro que parece un muerto. Te cuesta, pero lo apoyas en la barandilla de la escalera. Coges las llaves y atrancas la puerta. Lo subes a la barandilla, lo empujas, lo vuelcas... Silencio... Se oye un ruido tremendo del saco contra el suelo, allá abajo.

Durante un segundo, te quedas mirando a mi puerta, tanto que me aparto. Me limpio la nariz y voy a ponerme una camisa.

Cinco minutos después, mirando por la ventana que da a la calle, te veo salir del edificio empujando un carro del Mercadona lleno de trastos, pero debajo se nota que has escondido el saco con el muerto dentro. Hasta diría que te has disfrazado, con esa capucha roja.

Seguro que era un muerto. Me ha recordado a mi padre cuando lo bajaron y un policía gritó que llamaran a los del Seprona, que ahí dentro había una loba rabiosa. No voy a poder soportar este ritmo mucho tiempo más. Lo noto, dos años más aparte de los cinco encerrado.

Mis recuerdos del psiquiátrico son nítidos, como cinco años castigado en la clase de octavo. Recuerdo el olor a la salsa marrón del comedor y las voces de los locos por la noche. Pasé cinco años sin ganas. El día que salí me indicaron que acudiese cada dos semanas, quince días, durante otros dos años. Análisis de sangre para comprobar que seguía tomándome la medicación. Y sería libre.

Si me tomo solo los tranquilizantes, me quedo dormido. Vuelvo a los cinco años mirando un azulejo. Por eso mezclo, para no dormirme derecho. Pero noto que ya no puedo aguantar, que mi cuerpo a veces se rompe y pierdo el control. Y lo peor es cuando algo altera mis rutinas.

Cuando volviste a ellas yo ya no estaba. Yo iba subido a un tranvía que no dejaba de dar vueltas. Creo que alguien me está zarandeando.

Me despierta la policía local; noto que me he meado encima. Mientras me acompañan al coche patrulla, les intento hacer el cubo de Rubik y les digo que estoy esperando a que mi hija salga del colegio.

Han preguntado a la central por la radio y les han dicho quién soy.

Al final me ha vuelto a traer la policía a casa, en la parte de atrás, sentado sobre un periódico. He pensado en decirles que suban a preguntarte por tu muerto. Pero me he acordado de aquella loba encerrada en la bañera y he preferido subir a casa a tender la ropa.

Las pinzas de colores me recuerdan a mi hija.

Narco

—¿Te han vuelto a entrar vecinos?

Emilio no tiene nombre de vender droga. Una vez me lo encontré por el centro pidiendo firmas para Médicos Sin Fronteras. La gente que tiene cara de lo que es me aburre como el olor de los zapatos nuevos. Emilio viene una vez por semana a mi casa y me trae una bolsa con veinte gramos de *speed* y un táper con croquetas de su madre. Todo por noventa y cuatro euros. Lo conocí porque tenía el teléfono de su hermano, que también era *disc-jockey* en *Activy*. Ya no queda nadie que venda *speed* ni tienen cintas de casete en El Corte Inglés.

—Tampoco tengo cambio —me dice con el billete de cien en la mano.

—Da igual.

—¿Y los has visto?

—Sí..., es una chica.

—¿Está buena?

—Tiene piel y ojos.

—¿Qué más quieres?

—Ya —contesto mientras me hago un par de rayas por la mañana, con los pantalones tendidos en el balcón.

—¿Sabes si colabora con alguna organización?

—Ni idea —le contesto levantando la cabeza.

—Voy a ver.

Y se va.

Para joderme, Emilio pega el chicle en mi mirilla. No puedo ver nada. Oigo una conversación trivial y huelo a lejía. Pero no puedo ver nada. Emilio vuelve a entrar.

—Qué fuerte, tío, me ha abierto en bragas porque estaba limpiando.

—No grites, que te va a oír.

—Qué fuerte, le he hecho una foto.

Pienso en una Polaroid de los años setenta.

—¿En serio?

—Sí, he hecho así como si estuviera mirando algo en el móvil y le he hecho una foto. Mira. Te la paso. ¿Puedo entrar al baño?

—No.

—Vale. Lo pillo. Me voy a mi casa, a ver si no está mi madre.

Me levanto para asegurarme de que me va a dejar solo.

—Ah, la semana que viene te haces socio también de Oxfam Intermón —dice—. ¿Vale?

—Lo que tú quieras. Ahora, vete.

Durante un año de mi vida, mi padre me llevaba todas las tardes a la ciudad, a casa de una señora mayor a la que pagaba para que yo tocara el piano. Aquella mujer olía a laca y me pegaba con una regla de madera en la cabeza. Solo me enseñó una canción. Siempre la misma. Hubo teclas que jamás

toqué. Y cada vez que me equivocaba, reglazo de madera en la cabeza. Hasta que una tarde, ya en mayo, se la devolví; le di una hostia y me llené toda la mano de laca. La institutriz me cogió la mano, se la pegó a la cara, me la lamió con los ojos cerrados y luego me soltó, me apartó de ella y me dijo que no volviera jamás por allí.

Cuando me vine a este piso, en una habitación cerrada, apareció un piano. Me siento, coloco el móvil en el atril, tú en bragas, y, después de muchos años, vuelvo a tocar esa melodía olvidada.

Creo que quiero que me oigas. Creo que quiero que sepas que te estoy mirando.

Qué vergüenza.

Miss Adelaida

Cuando Adelaida viene, yo me voy. Le escondo los cien euros por la casa y ella limpia hasta que los encuentra. Era rica en Argentina; estudió para maestra y hacía limpiar a sus criadas con un trapo por encima de las puertas. La conocí en un tren de cercanías. Ella es demasiado orgullosa para que yo la vea limpiando y yo no quiero contribuir a su humillación; de ahí el juego del billete. En realidad, no necesito que nadie limpie el piso. Incluso lo ensucio un poco para que no lo note.

A veces nos empeñamos en cambiarle la vida a alguien sin haberle preguntado. Otras veces nos empeñamos en que alguien nos la cambie.

Ambas son un exceso de responsabilidad. Sobre todo porque, cuanto más guapa es una mujer, más queremos que nos cambie la vida.

Los días que Adelaida viene, yo me voy a una protectora de animales y acaricio perros hasta que se hacen las doce. Al volver, a veces me cruzo con ella por la acera, con su vestido inglés, siempre elegante; la saludo como si estuviéramos en Hyde Park un domingo por la tarde.